

nada. Y sigue sola su vida. Organiza su mundo. Y quizá también el nuestro. No nos sorprendería que una mañana, al levantarnos, estuviésemos solos abriendo los ojos en otro planeta al cual nos proyectaran nuestras estimadas compañeras, para no estorbar «su obra».

Charlotte Luetkens, nos explica en su libro la evolución, la reforma, las conquistas de la mujer en la sociedad: de todo ello se afirma nuestro anterior comentario y nuestra duda: esa libertad de la mujer en este momento, nos servirá realmente para algo? ¿Y les servirá realmente a ellas? ¿No puede llevarnos también al peor problema para ellas precisamente? ¿Y es de entregarnos ahora, en bandeja también, nuestra propia libertad? La libertad de la mujer equivale a la nuestra. Seremos, finalmente, libres. Y eso le será útil, francamente a la mujer?—FRANCISCO TRABAL.



DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, por *Enrique Molina*.
Editorial Nascimento. (Segunda edición, 1947)

La figura de don Enrique Molina significa en Chile, algo más de lo que los chilenos, casi siempre olvidadizos, displicentes y superficiales, pueden apreciar. Es un maestro, un filósofo, pero además un hombre realista y de empuje, un constructor. A semejanza del doctor Negrín en España, fué capaz de construir una ciudad universitaria en la gran ciudad penquista, enraizada en lo más significativo y dramático de nuestra historia. Los que han luchado en Chile para editar una revista de carácter puramente científico o literario, los que conocen la falta de interés del público chileno para adquirir obras de sus compatriotas, si no las han visto proyectadas en el cine, o no se trata de murmuraciones agresivas que despedazan la honra ajena, comprenderán lo que significa construir una ciudad universita-

ria. No se trata de una apreciación pesimista sobre nuestra generosa patria. La lectura de esta obra, «De lo espiritual en la vida humana», deja en el ánimo una auténtica y sana lección de optimismo, un impulso de agotar en obras constructivas ese plazo estrecho, imperceptible dentro del curso de la especie humana, que el destino nos ha deparado como nuestras vidas individuales. Se trata, más bien, de rectificar una realidad susceptible de ser mejorada con la devolución de su imagen exaltada o sea, con su crítica. No es otro el proceso de la obra artística que, generalmente, encierra una inconformidad con los hechos objetivos que se rectifica y fustiga a través de los sucesos memorables. Todo esto sin tomar en cuenta la satisfacción de los gustos vulgares de la gente, ni la obediencia a las modas filosóficas y literarias. Quien crea que la filosofía es la manifestación más genuina, entre todas las que existen, de la voluntad representativa que rige al hombre en su vinculación con el universo, encontrará en este libro, el más acendrado deleite. En él se levanta un edificio, severo y sólido, con ese encañamiento dialéctico, fruto de la tortuosa vida del hombre que hace olvidar los cimientos bárbaros que lo contienen y dan un mentís a la fe de los filósofos, como el propio don Enrique Molina, en la civilización y el progreso. Por lo demás, don Enrique Molina se sumerge en dichas dudas o mejor expresado en esas comprobaciones de la fragilidad de la contextura racional humana, cuando contrasta el progreso técnico del hombre, desde un ángulo, y el aprovechamiento que hace el mismo hombre, de ese poderío creciente con el fin de aniquilar ciudades y semejantes. Allí toca el señor Molina, el permanente dilema del intelectual moderno, del hombre con prolija formación interior que no se resigna a vivir entregado a los caprichos de un bárbaro dueño de la técnica y que tampoco cree que el porvenir de las expresiones filosóficas y artísticas haya que orientarlo en el corazón de las masas gregarias, sin experiencia social, todavía dependientes del «miedo original» de que hablaba Keyser-

ling. La lectura de la obra «De lo espiritual en la vida humana», permite obtener la certidumbre de que no es por falta de sistemas filosóficos, ni por carecer de conciencia racional de su destino por lo que el hombre flaquea y sucumbe. Desde los orígenes más remotos de nuestra dialéctica occidental, desde Platón hasta Carlos Marx, sin olvidar a Heráclito, ni a Plotino, ni a Vico, ni a Tomás de Aquino, ni a Maritain, ni a Bergson, ni a los positivistas del siglo XVIII, que parecieron fijar en definitiva la conciencia y la racionalidad del hombre, se puede comprobar que el lenguaje filosófico gira en un plano, confundido a veces, con las angustias religiosas y que la vida instintiva, martirizada, víctima de continuas represiones, va por otro muy diferente. Y sólo así se puede explicar la aparición mesiánica de un Nietzsche, que después de navegar por las rutas establecidas de la dialéctica, se lanzó al espacio, hasta sucumbir físicamente; o un Carlos Marx y un Bujarin, ansiosos de otorgar a la filosofía un contenido materialista, aferrado a las profundas necesidades sociales del hombre. Sin perder, por supuesto, su condición renovadora y dinámica en lo que se refiere a la función representativa y rectificadora de la realidad que corresponde al pensamiento.

Este libro de don Enrique Molina, organizado, informado y sabio, que coloca al lector de nuevo en el banco escolar de otros años, en silenciosa necesidad de sabiduría y orientación, posee la virtud de impulsar la inteligencia hacia su juego más libre y desenfadado. Es todo lo contrario, en consecuencia, de lo que pudiera pensar un discípulo del libro de un maestro y allí reside, a nuestro juicio su mayor encanto; el de fijar las pautas clásicas del pensamiento filosófico, dejando abiertos todos los respiraderos para que el espíritu busque otras posibilidades. Comprobación indiscutible del rol que juega «lo espiritual en la vida humana» y satisfacción justa para el maestro

que, como Stuart Mill, ha confundido sus emociones humanas y los finos matices de sus esperanzas, con las más apasionadas disyuntivas dialécticas.—ANTONIO REYES.



CANCIONES DE AMOR, por *Amorosa*.

Estas canciones, que en bella edición acaba de publicar Nacimiento, son la revelación de un temperamento dotado de rica sensibilidad.

La autora de estos breves poemas en prosa posee un lirismo transparente y una antena emotiva capaz de captar las oscilaciones del alma y los sentidos.

Hay en *Amorosa* una mujer y un poeta cuyas efusiones se tocan y encienden. De ahí el canto. Emotivo. Castamente sensual. Voz que al vertirse da la sensación del hilo de agua que se oculta en la tierra para surgir después purificada, en otra vertiente, en otro canto, en otra corola recién abierta. Todo ello, cuerpo y alma, velado apenas por las gasas cambiantes del sol y de la luna.

Por eso el festival de su llanto y de su risa:

«Con el tañido de una campana y el rumor fresco de la fuente haré una suave melodía para bailar sobre una mancha de sol, olvidada de Dios y de la vida, como en mis tiempos de niña».

Grávida de sueños y deseos, canta en «*La Espiga*»:

«Soy una espiga que sabiendo repleta su cavidad milagrosa, se va desparramando por los caminos del mundo».